

Prólogo

Nana Ponjusto remoloneaba todavía en la cama cuando llamaron a la puerta. La muchacha dejó escapar un gemido de disgusto y se cobijó aun más entre los lienzos, suplicando por que aquel repiqueteo dejara de martillar en su cabeza. Pero muy al contrario de lo que hubiese deseado, la llamada se hizo más incisiva y la joven no pudo hacer otra cosa mas que suspirar hastiada e incorporarse con torpes movimientos. Había pasado la mayor parte de la noche en la taberna de Nayîm, donde habitualmente solían celebrarse las mejores fiestas de la ciudad, y no había regresado al hogar hasta altas horas de la madrugada, cuando la cabeza comenzó a hervirle febrilmente a causa del licor de ambrosía y el néctar de jengibre. Aquella madrugada, mientras las brumas todavía envolvían los alrededores del caserío que ella y su gemelo compartían, el leve tamborileo en la puerta acabó convirtiéndose en un estruendoso clamor que sacudió su resacoso cerebro.

Caminó descalza hacia la salida del dormitorio, sintiendo en las plantas la frialdad de la piedra. Más que caminar arrastraba los pies, pero incluso aquella sencilla acción se convertía en una costosa tarea.

—¡Ya va! ¡Ya va! —exclamó con voz ronca y estirando de una túnica colgada de un perchero medio descolgado.

Mientras se ponía la prenda sobre los hombros, cubriendo su desnudez, buscó con la mirada la habitación de Gornigio. Aunque aún faltaban algunas horas para amanecer, su hermano ya no estaba en casa. Gornigio solía levantarse antes del alba para acudir a los oficios del Clan Arcano de Suthur, a pesar de que la mayoría de las veces regresaba con ella de jarana cuando los gallos se desperezaban en los corrales. Aquella mañana no era una excepción, el muchacho había abandonado sus aposentos, dejando tras de sí un silencio clamoroso.

Tiritando de frío, pues el invierno salpicaba sus vidas, se plantó ante la puerta y la abrió con un lento rechinar. Al otro lado se estremecía un individuo enjuto y de aspecto monacal. Portaba el *mesal* iniciático de los magos —semejante al de su gemelo—, y se retorció las manos adheridas por el gélido ambiente que escarchaba la madrugada. El símbolo del Báculo de Isolder lo señalaba como uno de los novicios del Clan Arcano de Sathur.

El rostro del muchacho, pues no se le podía denominar de otra manera, se turbó ante la belleza de la dama; pero Nana, demasiado acostumbrada a que los ojos de los hombres se desviarán hacia las insinuaciones de su escote, ni tan siquiera se molestó cuando el novicio centró su atención en el perfil de su manto, dando buena cuenta de los trozos de piel que quedaban al descubierto. Con expresión lúgubre encaró al mozuelo y lo hostigó con sus ojos esmeraldas:

—¿Qué queréis? —inquirió mientras se apoyaba contra el vano—. Mi hermano marchó ya hacia Lekestar. No lo encontraréis aquí.

El muchacho, azorado por la voluptuosidad de la mujer, agachó la cabeza, y sus mejillas ardieron como ascuas entre la bruma que ocupaba la calle.

—No es a vuestro hermano a quien busco en nombre del consejo, señora, sino a vos.

—¿A mí? —El asombro de Nana iba en aumento conforme se desarrollaba la conversación. Era incapaz de imaginarse lo que un puñado de magos caducos podía esperar de ella. Jamás había sido reclamada ante el patriarcado de la cofradía, salvo para escuchar alguna reprimenda proveniente del mayor y que afectaba a su hermano. Sin embargo pocas veces prestaba atención a las palabras del viejo Ocimandias. Los asuntos de los arcanos atañían únicamente a Gornigio y a su padre. A ella apenas le importaba

lo que su hermano pudiera hacer o deshacer entre los muros de Lekestar siempre y cuando continuara procurando el sueldo asignado a su oficio.

—Así es. El *dhol mann* desea hablar con vos —se limitó a responder el mozalbete.

—¿Conmigo? ¿Por qué? ¿Acaso mi hermano ha vuelto hacer alguna de las tuyas? Si tal es el caso dispensadme ante el maestro y decidle que iré a verlo más tarde.

—No es posible, mi señora. Traigo conmigo monturas y el ruego del maestro de que vaya a Lekestar sin demora. Los temas que se han de tratar son urgentes.

Resignada, Nana afirmó con la cabeza e hizo señas para que el mensajero aguardase en la puerta, después regresó a su habitación para vestirse con atuendos más acordes para presentarse ante el capítulo.

Una pícaro sonrisa apareció en sus labios cuando una idea traviesa le hizo dejar la puerta entreabierta. Era perfectamente consciente que desde la entrada de la casa podía llegar a vislumbrarse su interior; aun así se despojó del cálido manto sin volver la mirada, y ofreciendo la agradable vista de su espalda desnuda, se dispuso a vestirse con ropas de abrigo. De un armario destartado y revuelto sacó una túnica de seda escotada, una ostentosa capa de marta que se ajustaba a su talle, y engalanó sus alborotados rizos castaños con una diadema de plata. Cuando regresó al recibidor ofreciendo una imagen más digna, no pudo evitar una sonrisa al vislumbrar la turbación que aparecía en el rostro del muchacho. Quizás, si hubieran dispuesto de algo más de tiempo, le hubiese invitado a pasar.

—Marchemos ante tu señor —indicó alisándose la capa.

El novicio, todavía sonrojado por las imágenes que había llegado a atisbar en la habitación de la dama, respondió con un gesto, y mientras Nana cerraba la puerta de la casa, preparó los caballos para la partida.

A aquellas horas de la mañana la mayoría de los habitantes de Vitran se encontraban encomendados a la placidez de sus lechos, aguardando a que el sol emergiera tras las montañas de D'Hurd. La negrura derramada por la noche todavía tomaba las góticas calles de la ciudad, impregnando de escarcha los adoquines de las vías principales. La nieve del último temporal se acumulaba en las aceras a la espera de que los funcionarios del magistrado iniciaran las labores de limpieza, y la niebla, impregnada de una humedad dañina, difuminaba la luz de las farolas diápticas¹, convirtiendo el paisaje en un extraño hálito emergido de un sueño perezoso.

Mientras los dos caballos deambulaban entre las sinuosas callejuelas que formaban el trazado laberíntico de la ciudad, dejando atrás estrechas plazoletas y rocambolescas torres seglares pertenecientes a la clase alta de Vitran, Nana sintió como el sueño y el frío arremetían despiadadamente. Adherida a la silla de montar, se preguntó cómo su hermano podía tener la voluntad suficiente para entregarse a aquel recorrido mañana tras mañana, cuando Alzaris todavía presidía la cúpula celeste y el sol estaba muy lejos de asomar su rostro tras los picos de las montañas. Pero los oficios de los novicios eran incuestionables y los maestros desde luego no verían con muy buenos ojos que Gornigio, pese a su ascendencia, acabara saltándose los —algo que, por otra parte, ya había pasado más de una vez—.

Las casonas de ventanales ojivales contemplaron a los dos jinetes con un silencio espartano. Vitran era una de las urbes más umbrías de todo el país. Al igual que otras muchas colonias de Isanté, había permanecido incólume desde que los Maestros Arcanos decidieron asentarse en ella y crearon sus gigantescas fortalezas y sus austeros monasterios varios milenios atrás. Las mansiones de los nobles, cuyas bóvedas de

¹ Ornamentaciones lumínicas cuya energía deriva directamente de la magia

crucería se suspendían sobre elaborados arbotantes y ostentosos contrafuertes, hablaban de la cultura *tamtrémica* que a lo largo de los siglos había ido acaparando la villa. Ni tan siquiera en los tiempos de la grandiosa Luim-Nad, Vitran había sufrido menoscabo en su riqueza. Cuando uno ponía su vista sobre los tejados de las casas, se hallaba ante un mar de arcos con forma de lanceta, adornos flamígeros y estructuras góticas construidas con miles de aristas y crucerías.

Aunque a primera vista el caos más absoluto parecía dominar el orden arquitectónico de la ciudad, una contemplación más detenida llevaba al observador más avezado a la conclusión de que la belleza del lugar consistía precisamente en aquel caos controlado que parecía tomar cada callejuela y cada rincón. Las estrechas vías aparecían abarrotadas de arcos, pasarelas y túneles; en cada revuelta se atisbaba un nuevo templo erigido hacía miles de años en honor a los Once; en cada esquina se alzaba una escuela de magia cuya tutela estaba controlada por las órdenes arcanas aposentadas en la urbe; en cada pasadizo había un edificio de enormes bóvedas, de ventanucos estriados, y de vaquetones cuyas molduras resaltaban sobre las puertas romas. Los comercios se apostaban entre las más variopintas construcciones, algunas de ellas adornadas con gárgolas y estatuas de bellas esfinges. Las mansiones se alzaban entre enrevesadas verjas de hierro cuyos filos despuntaban oxidados y ennegrecidos. Incluso el cementerio se encontraba integrado en los límites de la ciudad, resaltando en él sarcófagos inigualables, panteones ostentosos, y estatuas conmemorativas de los señores cuyos huesos reposaban en las entrañas de Vitran.

Nana, que había vivido en aquella ciudad desde su nacimiento, era incapaz de imaginar lugar más bello que aquél. Disfrutaba perdiéndose entre las callejuelas y malgastando el dinero que a bien le concedía su hermano en los comercios que podían encontrarse en los lugares más insospechados. Ciertamente era que no disponían de mucho saldo, sin embargo, Nana, caprichosa y zalamera, sentía cómo su corazón palpitaba lleno de vida cada vez que ponía sus ojos en una alhaja, en un vestido de seda, o en una piedra preciosa con la que adornar sus hermosas facciones.

Dejaron atrás la Pasarela de Buffondor, y enfilaron el camino que llevaba hasta la cordillera, que con forma de cuña, rodeaba la ciudad. Las llanuras de D'Hurd se extendieron a su alrededor, un negro páramo en el que la roca caliza parecía extenderse hasta las mismísimas montañas, aun así, la belleza arcaica de la ciudad resaltaba abiertamente con los escarpados riscos, fundiéndose en un interminable manto de puntas y tejados afilados. Para cuando el templo de Lekestar apareció a la vista, Nana ya se encontraba completamente despierta, y los últimos ramalazos de la resaca se habían disipado de su cabeza.

La sede del Cónclave de Sathur se alzaba en una amplia vaguada, rodeada de oscuros pinares, y anclada entre dos erosionados peñones atravesados por una enroscada pasarela. El paso, encumbrado por grandes arcos megalíticos, atravesaba las copas de los árboles y llegaba hasta las puertas del panteón. Mientras Nana y su guía recorrían los últimos metros de la pasarela, la mujer no pudo por menos que sentirse hechizada ante el resplandor que desprendían las tres enormes estructuras triangulares que componían el templo. Los pórticos y las torres, forjadas en hornblenda cristalizada, reflejaban la luz proveniente de las estrellas, y destellaban como un enorme diamante perdido en un valle sombrío. Las dos estructuras laterales, en proporción más pequeñas que la principal, circundaban al edificio troncal como dos pirámides guardianas, convirtiéndose su vórtice en una enorme punta que hendía la noche y cuya cúpula triangular se dividía en infinidad de torreones, todos ellos remachados por cúpulas ojivales. La estructura principal, mucho más alta y voluptuosa que las otras dos, se difuminaba en un vértice con forma de pica, de cuyo epicentro emergían las luces más hermosas y mágicas que

llenaban la noche de Vitran. Cuatro espaciosos contrafuertes emergían y comunicaban los tres edificios, transformando la panorámica completa del monasterio en un gigantesco ojo que los días de luna llena convertían Lekestar en la pupila argente de Ewon-Zun.

Bañados en luz, los dos jinetes detuvieron sus caballos ante los pórticos de la ciudadela y dejaron las riendas de los animales a los lacayos que, presurosos, los devolvieron a los establos. Los pórticos de Lekestar se abrieron ante el novicio y la mujer, y la tenue luz del amanecer se convirtió en un nido de tinieblas cuando se adentraron en el edificio principal y las puertas se cerraron tras ellos.

Los fuegos de Lekestar estaban encendidos, y la antesala de la gran torre, que se alargaba en un amplio ábside rodeado de pilastras, columnas y arcos, conducía hasta una balaustrada de la que emergía una escalera de piedra. Los novicios y los magos rondaban por los pasillos del edificio desde la madrugada, algunos de ellos abstraídos por misterios que a Nana se le antojaban inescrutables. Al principio trató de encontrar a Gornigio entre ellos, pero ante la multitud de individuos que se agolpaban a su alrededor, desistió de aquella distracción y se limitó a seguir los pasos del mensajero, que la condujo a través de las escaleras en un anodino silencio.

Llegaron a la segunda planta, y deambularon por un pasillo iluminado por giales de luz mágica. Aquellas esferas redondas contenían en su seno una llama templada, que a diferencia del fuego normal, irradiaba una luz opaca que apenas alcanzaba a llenar los corredores. Aunque aquel ambiente a Nana se le antojaba demasiado austero, su utilidad era rigurosamente necesaria para que los maestros arcanos pudieran entregarse a la vida contemplativa y ascética que el estudio de la magia requería.

Lo cierto era que aquella no era la primera vez que Nana acudía a Lekestar. En más de una ocasión había sido requerida por los maestros de su hermano para recibir las reprimendas por los desmanes y los atrevimientos que Gornigio solía llevar a cabo. Nana poco podía hacer por ellos. Gornigio era un alma inquieta y osada, rasgos que Nana también había heredado. Aunque le fascinaba la magia, a menudo solía dejarse llevar por vicios más lucrativos y mundanos, y sus progresos continuamente se veían truncados por las faltas que solía cometer. En más de una ocasión, el mismísimo Ocimandias le había reprendido por su actitud poco perseverante; sin embargo aquel tipo de amonestaciones parecían influir bien poco en el carácter irreverente del novicio, que tras la última tropelía, a menudo urdía una nueva. Aquello solía conllevar que Nana tuviese que acudir ante el rectorado de Lekestar para pagar los platos rotos de su gemelo, pero las quejas de los maestros caían una y otra vez en saco roto, pues la muchacha, más preocupada de su propio disfrute, acababa haciendo oídos sordos y no parecía mostrar interés especial en la instrucción de su hermano. De no ser por el aval que rubricaba a los Ponjusto, mucho tiempo ha que Gornigio habría sido expulsado de Lekestar, extinguiéndose la única fuente de ingresos de los dos gemelos.

Nana ya se preparaba para recibir uno de los habituales discursos de Ocimandias, cuando arribaron a la sala capitular del templo y comparecieron ante el púlpito de los Sabios de Sathur. Los diez siales de los maestros estaban ocupados por la cúpula rectora, y Ocimandias, *dhol mann* de la cofradía, ostentaba sus mejores galas.

Se sintió insignificante en presencia de aquellos hombres, e inevitablemente palideció ante las miradas funestas que exhibían. Durante unos segundos se preguntó si Gornigio habría ido más allá en alguna de sus escaramuzas. La presencia del rectorado al completo de Sathur no podía significar nada bueno, sin embargo, dudaba mucho que por la expulsión de un simple novicio se reuniera a todo el consejo. Rodeada por los inacabables muros de la sala capitular y sometida al escrutinio de aquellos vetustos

magos, sintió como una opresión sacudía su corazón y su garganta quedaba constreñida por la angustia.

Ocimandias, de rostro regordete y calva prominente, alzó su mano en un gesto ostensible y requirió la presencia de la muchacha. Nana, azorada, caminó cabizbaja y compareció ante los consejeros. Los rostros de aquellos diez hombres se mostraban inflexibles, dotados de una gravedad capaz de amedrentar el alma más osada. Nana no pudo imaginarse cómo Gornigio tenía el valor suficiente para quebrantar las normas impuestas por aquellos eruditos.

—Nana Ponjusto, bienvenida a Lekestar —saludó el anciano.

La mujer respondió con un farfalleo apenas audible.

—Lamentamos haberte hecho llamar a horas tan intempestivas, pero como verás, la presencia de los diez Maestros de Sathur solo puede conllevar noticias que no pueden demorarse por más tiempo.

En ese momento reparó en una última figura que comparecía ante el púlpito. Se trataba de una mujer de rasgos rigurosos y expresión seria. A pesar de su edad madura, conservaba la belleza irreverente que se manifestaba habitualmente en las damas cuyas vidas estaban consagradas a la magia. Iba vestida con un estrecho *mesal* que se ceñía a su figura como un guante, dibujando una figura voluptuosa; pero no era el Báculo de Isolder el emblema que decoraba sus hábitos, sino un águila real con una runa en forma de S trazada de manera muy fina. Nana, que jamás había sentido especial curiosidad por las distintas cofradías de arcanos, fue incapaz de averiguar la procedencia de tan misteriosa mujer. Por suerte, Ocimandias despejó rápidamente sus dudas.

—Nana, te presento a Nesvitanna Silerveinne, Alta Consejera del Clan Arcano del Septh. Acaba de llegar procedente de la capital, porta nuevas que quizás te interese conocer.

La muchacha se volvió hacia la extranjera y se encontró con unos ojos fríos. Nesvitanna se mostraba orgullosa e insolente en su mirada.

Nana trató de no sentirse avasallada ante ella.

—¿Vos sois Nana Ponjusto?

—Acabáis de escucharlo en los labios del maestro —respondió mostrando el mismo desdén.

La maga se volvió hacia el cónclave en busca de alguna reacción ante la impertinencia de aquella jovencita, pero los diez ancianos permanecían inmóviles sobre sus escaños.

—Traigo una carta para vos —murmuró finalmente Nesvitanna, que no parecía muy conforme al tener que tratar directamente con Nana.

—¿Para mí?

—Así es. Llegó a Tais junto a un cuervo mensajero hará poco más de seis días. Iba acompañada por una segunda misiva dirigida a Húgriel Mantígoras, nuestro magistrado de clan. En aquel mensaje se hacía hincapié de que se te entregara en mano la carta que traigo conmigo.

—¿Y de quién es ese mensaje?

—De vuestro padre.

La muchacha palideció al escuchar la respuesta. Casi al instante se sintió avasallada por la rabia. ¿De quién iba a ser si no? De su padre. El único ser de todo Argos que por una simple misiva era capaz de remover cielo y tierra.

—¿Acaso no os agrada recibir noticias de vuestro tutor? —insistió Nesvitanna al advertir la reacción de la joven—. Según la carta que llegó a manos del maestro Mantígoras es una misiva de vital importancia que debe ser atendida con urgencia.

Nana respondió con un gruñido. Los asuntos que habitualmente solían concernir a su padre siempre eran de *vital importancia*. No obstante a ella poco podían llegar a importarle. Cuando su padre partió del país de Isanté, ella y Gornigio no eran más que unos niños huérfanos de madre y tras veinte años de ausencia ni tan siquiera recordaban su rostro. Las únicas noticias que tenían de su progenitor eran las esporádicas cartas que en rara ocasión llegaban hasta Vitran y que apenas tenían sentido para ellos. Sabían que se encontraba desterrado en alguna región remota del norte, muy lejos de la península de Braggadur.

Era consciente de que sólo el buen nombre de su padre era el aval que los mantenía unidos al Clan Arcano de Suthur y, sin embargo, tal circunstancia no bastaba para saldar todo el dolor que los dos gemelos habían tenido que soportar en una vida de soledad y abandono. No obstante, todo aquel sufrimiento importaba bien poco a todas aquellas entidades venerables y egocéntricas que ahora la rodeaban. Tal como demostraban los ojos emocionados de Nesvitanna, el rango de su padre era un símbolo respetado tanto en los salones de Vitran, como en los de Tais. Bastaba mencionar su nombre para que todos los pecados que en un pasado remoto hubiese podido cometer quedaran saldados. Pero Nana no estaba dispuesta a olvidar tan fácilmente aquellas afrentas.

La estirada maga, sin esperar a la respuesta de la muchacha, se adelantó al púlpito que ocupaban los ancianos y mostró un sobre lacrado con cera roja. Nana Ponjusto aceptó la misiva y se detuvo en la contemplación de la asimétrica caligrafía que empleaba su progenitor. Hacía casi diez años que no veía aquellos trazos, inevitablemente fue presa de un dolor nostálgico que le devolvió a los tristes días de su niñez.

—¿Por qué se me hace entrega de esta carta? —inquirió con voz grave—. ¿Por qué a mí y no a mi hermano?

Los consejeros se removieron inquietos en sus troneras y se observaron unos a otros con cierto desasosiego. Nesvitanna, que aguardaba impaciente, dirigió una mirada cargada de recelo al maestro, el cual, de repente, había palidecido hasta adoptar una extraña expresión.

—¿Acaso no lo sabéis? —masculló Ocimandias—. ¿Acaso vuestro hermano no os ha dicho nada?

Nana, cada vez más nerviosa, se volvió hacia la extraña en busca de respuestas, pero era obvio que ella poco podría aportarle. Los ojos incisivos de la mujer seguían clavados en el legajo que Nana sostenía en sus manos, aguardando a que aquella pantomima acabase cuanto antes y su legítima poseedora se decidiera a romper el sello. Pero la mente de Nana se encontraba a años luz de la misiva que acababa de recibir. Ahora todo su interés radicaba en su hermano, pues por los rostros graves de los consejeros, era obvio que algo malo le había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —se impacientó la muchacha—. Decidme, ¿dónde está mi hermano?

—Marchó del templo —musitó Ocimandias—. Ayer mismo pidió la suspensión en sus funciones y se despidió ante el decanato.

—¿Có-cómo? —balbuceó Nana sintiendo un repentino temblor en las piernas—. ¿Que mi hermano renunció a su aprendizaje como mago?

La única respuesta que obtuvo del maestro fue un simple cabeceo coreado por los murmullos de algunos de los sabios que formaban el consejo.

Nana se sintió sobrecogida por un escalofrío. Era incapaz de dar crédito a lo que estaba escuchando. Había pasado toda la noche con Gornigio, y en ningún momento le había hecho partícipe de tal decisión. Es más, el muchacho se había mostrado

entusiasmado y abierto durante toda la velada, brindando con los parroquianos y emborrachándose con unos y con otros. ¿Acaso esa era la reacción habitual en alguien que al día siguiente fuese a renunciar a todo cuanto quería? Y lo más elemental: si Gornigio ya no se encontraba bajo el amparo de Lekestar, ¿a dónde diablos había marchado?

—¿Por qué... lo hizo? —Las palabras se aturullaban en su boca, y un nudo le oprimía el estómago. De repente se sentía abandonada por todos y perdida en una vasta soledad.

—Tu presencia en Lekestar, aparte de para hacerte entrega de la carta, se atiene a un intento de esclarecer las causas que llevaron a tu hermano a tomar esa decisión —repuso Ocimandias juntando las manos y jugueteando con las yemas de los dedos—. Nosotros estamos tan sorprendidos como tú. La postura de tu hermano fue completamente inesperada. Desconocemos por qué la tomó o por qué decidió marchar. Deseábamos conocer tu opinión al respecto.

—Yo... yo no sé nada. Pe-pensé que Gornigio hoy estaba aquí.

—Gornigio no se presentó a sus oficios —acusó uno de los maestros; un individuo algo más joven, con el cráneo ahuevado y una ridícula mata de pelo color calabaza.

Nana palideció. Sus peores temores se hicieron realidad.

—En ese caso, yo tampoco sé donde está.

Los rumores entre los maestros se hicieron más ostensibles, y el malestar en la sala se contagió en ella.

—Comprendo que la desaparición de un novicio turbe las funciones habituales del decanato —intervino Nesvitanna—, pero mi presencia en Vitran tiene como objeto el misterio que envuelve a esa carta. Los rectores de mi cofradía piensan que su contenido podría resultar de vital importancia, pues el maestro...

—Guardad silencio, Nesvitanna —requirió Ocimandias—. La seguridad de los nuestros debe prevalecer sobre todo lo demás. Debe debatirse en esta sala los extraños sucesos que se esconden tras la marcha del pupilo Ponjusto.

—Mi maestro Mantígoras desea saber lo que se dice en la carta.

—Os recuerdo que os encontráis en el templo de Lekestar, no en la torre de Valjad. Lo que quiera o desee Húgriel debe aguardar a que los asuntos de nuestro propio capítulo queden resueltos.

Nesvitanna enrojeció colérica, y durante unos segundos sus labios sombreados con carmín rojo formaron una línea recta y rigurosa, pero pese a la humillación recibida, no osó contradecir la palabra del maestro *dhol mann*. Sus galones no llegaban a tanto.

Nana Ponjusto, que hasta ese momento había permanecido en silencio, atenta a las discusiones entre los Señores Arcanos, sintió como todas las miradas de los concurrentes se centraban nuevamente en ella. Aquello le instigó aún mayor debilidad.

—Nana, ¿encontraste algún síntoma o hábito inusual en el comportamiento de tu hermano? —preguntó Ocimandias todavía molesto por la interrupción de Nesvitanna.

La muchacha agachó la cabeza pensativa, pero acabó negando con un gesto apresurado.

—Es obvio que Gornigio no te había hecho saber su decisión de abandonar Lekestar, ¿pero en algún momento manifestó su hastío por el noble arte de la magia?

Nana volvió a concederse unos segundos para contestar, sin embargo la respuesta era más que obvia. Aunque las dotes de su padre no eran innatas en Gornigio, el muchacho disfrutaba ostentando sus trucos cabalísticos.

—No lo creo. Gornigio prestaba atención a su oficio, salvo cuando era amonestado.

—Lo que solía suceder demasiado a menudo —refunfuñó el maestro de cabellos anaranjados.

—¡Pero no por ello iba a abandonar la escuela! —protestó Nana—. Quizás mi hermano no fuera todo lo honesto que puedan ser los pupilos de Lekestar, pero disfrutaba con sus enseñanzas, y no parecía muy dispuesto a dar la espalda a la institución.

«Ni a nuestros únicos ingresos», añadió para sí misma.

Ocimandias afirmó con la cabeza y realizó una última pregunta:

—¿Vuestro hermano visitó, tuvo contacto, o entabló amistad con algún extraño?

Aquella cuestión era más difícil de responder. Gornigio era un alma inquieta. La mayoría de las noches solía pasarlas en la posada de Nayîm, disfrutando de la concurrencia y departiendo con la gente, ya fuesen parroquianos o extranjeros. Era muy conocido entre los vecinos de Vitran, y no había velada que no regresara al hogar sin que media docena de nombres engrosaran su lista de amistades. Aun así, Nana jamás había metido las narices en los asuntos privados de Gornigio, pero si de algo estaba segura era que su hermano jamás se relacionaría con truhanes... ¿o tal vez sí?

Cuando volvió a encarar al patíbulo, la duda se reflejaba en sus ojos. Aquella tesitura no pasó desapercibida para el consejo.

—Mi hermano era buena gente, y la gente cordial suele atraer a todo tipo de personas. No podría decirlos las amistades que frecuentaba mi hermano, pero pondría la mano en el fuego por que conscientemente jamás se metería en ningún lío.

Los consejeros se miraron unos a otros, como buscando la aprobación del capítulo para refrendar las palabras de la muchacha. Algunos rostros permanecieron impávidos, lo cual despertó el mal humor de la joven. No obstante, consciente de que su posición no era la más privilegiada, optó por morderse la lengua y permanecer a la espera.

Por fin Ocimandias retomó la palabra.

—Nana Ponjusto, tu hermano renunció al *mesal* del Clan arcano de Sathur. Atendiendo a su ascendencia, habíamos alojado muchas esperanzas en él, sin embargo su renuncia ha causado gran conmoción en Lekestar. Aun así, nada pudimos hacer por evitarla. Cuando ayer compareció ante nosotros, se mostraba decidido y ecuánime, y no tuvimos más remedio que aceptar su decisión. Lo único que podemos decirte, es que allá donde haya marchado, ha sido por voluntad propia. Que la luz del Báculo de Isolder le acompañe.

La muchacha se quedó helada cuando el maestro terminó su alocución. Desesperada, clavó una intensa mirada en él, pero su rostro se mostraba intransigente. No iba a mover un solo dedo para buscar a Gornigio.

—¿Y ya está? —balbuceó con la garganta reseca—. ¿No vais a añadir nada más?

El maestro se mantuvo en silencio, y Nana sintió como una oleada de rabia recorría todo su cuerpo. ¿Cómo se atrevían a abandonar así a Gornigio? ¡Después de pasar más de diez años sujeto a las estrictas reglas del templo no tenían derecho a tratarle de aquella manera! Pero el rostro del *dhol mann* era inflexible y por mucho que despotricase contra ellos o reivindicara los derechos acumulados por su hermano jamás lograría hacerse escuchar por aquellos grandes señores.

Temblando de rabia, los finos dedos de la muchacha arrugaron la misiva que todavía sostenía su diestra. Nesvitanna avanzó decidida y trató de arrebatárselo. Las dos mujeres se enfrentaron ante los ojos del consejo. Finalmente, Nana, presa de un arrebato de ira, se zafó de la arcana y dirigió una última mirada a los miembros del capítulo.

—Es lo que queríais todos, ¿no es cierto? Deseabais deshaceros de él y lo habéis conseguido. La marcha de mi hermano era la excusa que todos estabais buscando.

Ocimandias levantó la mano en un claro gesto de tomar la palabra, pero Nana, incapaz de contener la rabia que la embargaba, no se lo permitió.

—Muy bien, no mováis esos monumentales culos de vuestros asientos. Ya me encargaré yo misma de encontrarlo.

Dicho esto, dio media vuelta, y dejando con la palabra en la boca a los Consejeros, abandonó la sala capitular. Cuando deambuló por el austero pasillo del templo, deslumbrada por el reflejo multicolor que se filtraba a través de las vidrieras, las lágrimas recorrían sus mejillas y la angustia por la desaparición de su hermano palpitaba con fuerza en su corazón. No tomó conciencia de que alguien la había seguido desde el capítulo, hasta que una mano se posó sobre su hombro y la sujetó con rigidez. Cuando se volvió sobresaltada hacia el extraño, se encontró con el rostro disciplinado de Nesvitanna.

—La carta —se limitó a indicar la dama, sin importarle en absoluto el estado en el que se encontraba la joven.

Nana, enrabiada, se libró de la zarpa de la maga, y se apartó de ella como una exhalación.

—No sabréis nada de lo que dice en ella mi padre —perjuró mientras mostraba en alto la misiva y observaba con una sonrisa triunfal como el rostro de la mujer se retorció en una mueca de rabia.

—Vuestro padre es un hombre venerable e inteligente. Durante más de veinte años ha permanecido muy lejos de Isanté; si ahora ha decidido dar señales de vida, mucho me temo que será por alguna causa de apremiante tesitura.

—Es mi carta —se reveló Nana apretando los dientes—. Va dirigida a mí.

—Ábrela, por favor.

—No.

—Ábrela y léela, aunque sea en privado. Me conformaría simplemente con que me dijerais si en ella vuestro padre os encomienda alguna tarea u os confiesa alguna información importante.

Nana esbozó una sonrisa ante la frustración de la arcana y decidió propinar un último golpe. Quizás aquellos engreídos hubieran dado la espalda a su hermano, pero si tal era el caso, los secretos que pudiera confesarle su padre, morirían con ella.

—No sabréis jamás ni una sola línea de lo que se dice en esta carta. Antes la arrojaría al fuego que entregárosla a vos—. Su sonrisa se ensanchó al ver como el rostro de la señora se deformaba en una mueca de impotencia—. Y procurad guardaros vuestras amenazas y vuestras súplicas. Tal como ha dicho el maestro Ocimandias, no os encontraréis en la circunscripción de vuestra cofradía. Una sola palabra o acción más en mi contra y os denunciaré ante el magistrado.

Las manos de Nesvitanna se retorcieron en puños apretados, y sus labios formaron un rictus de rabia que dejó al descubierto unos dientes blancos y brillantes. Sin embargo, Nana era consciente de que si Nesvitanna deseaba mantenerse en los márgenes de la legalidad estaba atada de pies y manos. Inmediatamente se sintió jaleada por una victoria moral. Sin añadir más, dio media vuelta, y dejó atrás a la pasmada maga, cuya mirada colérica presentía clavada en su espalda. Los ecos de sus últimas palabras le llegaron a través de los sinuosos pasillos de Lekestar:

—Niña caprichosa, jamás serás consciente del mal que puedes estar acarreado al ocultar el contenido de esa carta.

Mientras la oscuridad de los pasillos volvía a rodearla y las palabras de Nesvitanna se difuminaban en las sombras que tomaban el templo, Nana Ponjusto

observó el lugar de procedencia que señalaba el remite. De poco sirvió. Era la primera vez que leía el nombre de aquella ciudad. Aun así, las palabras de la maga retumbaban en su cabeza una y otra vez, y durante unos segundos se preguntó si estaba actuando correctamente. Una vocecilla acalló todos sus desvelos. ¿Acarrear algún mal? ¿Qué mal podía llegar a ocultarse en una simple carta llegada desde una ciudad desconocida con un nombre tan extraño como el de Galador?

Los criados le dejaron en préstamo un caballo con el que pudo regresar a la ciudad. Cuando se adentró en el valle de D'Hurd, el sol aparecía traslúcido entre las cumbres, señalando una mañana dominada por la bruma que llegaba a filtrarse entre la cordillera que envolvía Vitran. Cuando se adentró en los suburbios de la villa, los vecinos más madrugadores transitaban las calles como almas emergidas de un paisaje borrascoso. Sus sombras se difuminaban por las estrechas callejuelas, y sus siluetas se deformaban por los gabanes y las pellizas que los resguardaban de la humedad. Estaba siendo un invierno duro. Lo cierto era que en Vitran los inviernos siempre eran duros. La humedad procedente del Océano Virgen, y que habitualmente asolaba a otras ciudades de Isanté, en Vitran acababa convirtiéndose en una espesa capa de niebla al filtrarse por los riscos de D'Hurd. Todas las mañanas, y la mayoría de las noches, el vaho se acumulaba en las calles de la urbe, desdibujando los edificios y provocando que el mundo se volviera insustancial. Aunque la mayoría de los vecinos ya estaban acostumbrados a aquella peculiaridad climática, a Nana se le antojaba triste, pues a su memoria asomaban pasajes en los que personas amadas se diluían con la niebla y desaparecían para siempre.

Aquel sentimiento era más acuciante aquella mañana. Sabedora de la posible desaparición de su hermano, el sentimiento de dolor era un amargo bocado que atravesaba su garganta. Todavía no podía creer que su hermano hubiera partido sin más, dejándola sola en aquella gigantesca ciudad. Quizás todo hubiese sido una horrible confusión. Quizás cuando llegase a casa Gornigio estaría esperándola, arrepentido de haber formulado su renuncia a la cofradía de magos y deseoso de arreglar las cosas. Sin embargo Nana lo veía poco probable. Su hermano no dejaba de ser un inconsciente malcriado, un estúpido cabezahueca. Si había decidido marchar de Vitran presa de alguna locura, lo habría hecho sin más, sin importarle lo que dejaba atrás, tal como había hecho años atrás su padre. La mirada de Nana, empañada en lágrimas, descendió hacia el bolsillo de su túnica, donde todavía guardaba la carta llegada desde Galador.

Cuando arribó al hogar ni tan siquiera se molestó en atar las riendas del caballo. Esperanzada de que su hermano hubiese regresado, se adentró en la casa y corrió hasta el recibidor. Pero en cuanto traspasó el umbral, sintió la frialdad que envolvía las paredes, y comprendió que la casa seguía tan vacía como cuando había marchado. Corrió hasta el cuarto de Gornigio y se enfrentó a la oscuridad que tomaba la habitación. El silencio que saturaba el lugar era más que dañino; con el corazón encogido, contempló la cama desecha que la noche anterior ocupara su hermano. Gornigio nunca se molestaba en hacerla, así que las mantas y las sábanas estaban desperdigadas por el suelo. Cuando registró los armarios, observó que muchas de las prendas que habitualmente vestía su gemelo ya no se encontraban allí. Gornigio se había apresurado a empaquetar lo necesario, y había marchado sin dejar rastro tras de sí.

Una segunda revisión a la habitación bastó para contradecir aquella idea. En la cómoda había una nota en un sobre; en el remite ponía su nombre. Nerviosa y presa de un inesperado tembleque en las manos, regresó al salón, y a la tenue luz que se filtraba por la ventana, rompió el sello. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al contemplar los

rasgos de la letra de Gornigio. Hasta ese momento no había sido consciente de ello, pero su trazo se asemejaba demasiado al de su padre. La nota rezaba más o menos así:

*Lamento mucho no haber podido despedirme de ti, mi querida hermana, prometo volver pronto, y lo que hoy quizás parezca una incongruencia, cuando regrese con las alforjas llenas de oro y esplendorosos tesoros, probablemente tenga más sentido.
Te quiere, tu amado hermano Gornigio.
Hasta pronto.*

¿Oro? ¿Esplendorosos tesoros? ¿Acaso su hermano había sido presa de una repentina locura? Releyó una vez más la nota, pero no encontró mayor significado a las dispersas frases que allí se amontonaban. Presa de una intensa sensación de ahogo, arrugó la nota, y la arrojó a la chimenea, perdiéndose entre las cenizas y los rescoldos del último fuego; después lanzó un gemido que desgarró su alma, y hundiendo el rostro entre sus manos, rompió a llorar desconsoladamente. Durante muchas horas sus estertores se perdieron por los recovecos de la casa, creando ecos intangibles entre las paredes desnudas.

Cuando se sintió vacía por dentro, y la última lágrima afloró por sus ojos, una intensa sensación de frustración se había apoderado de ella. Habían vuelto a abandonarla, y ahora se encontraba sola en aquel vasto mundo. Sin las ayudas provenientes del decanato, jamás tendría suficiente dinero para pagar las deudas de la casa, o hacer frente a los impuestos municipales del magistrado. Acabarían arrebatándosele todo, y quedaría abandonada a la indigencia. Sintióse perdida, se arrastró hasta la habitación de su hermano y se dejó caer entre las sábanas. Su suave olor todavía impregnaba la seda, reconfortándola del agrio sentimiento que azotaba todo su ser. Las inevitables preguntas azotaron su mente con desgarradora fiereza: ¿Por qué Gornigio la había abandonado? ¿Por qué había tomado aquella decisión sin consultársela? Podría haberle acompañado, podría haberle ayudado a conseguir lo que tanto había ansiado... fuese lo que fuese. Quizás Gornigio la consideraba una carga, pero el muchacho jamás la había tratado mal o con despotismo sino todo lo contrario, él había sido su único velador desde que su padre optó por marchar.

El recuerdo de éste último hizo que a su memoria regresara la carta que todavía aguardaba en el bolsillo del sayo. Con movimientos perezosos, sacó el sobre y rasgó el sello ante el único hilo de luz que se filtraba a través de la ventana. La nota no era demasiado extensa —algo previsible tratándose de su padre— pero su contenido le resultó extraño e insustancial. La carta decía lo siguiente:

Extraños sucesos acontecen en la frontera de Abisinia con las Tierras Baldías. Aquello que tanto ha temido el decano Mantígoras puede estar a punto de suceder. El mal ha despertado más allá de la Franja de No Retorno y hoy se presenta en forma de extraños seres de negra piel y propósitos indescifrables. Un compromiso me ata a Abisinia y me impide regresar a Valjad, pero han de revisarse sin demora los viejos legajos rescatados de las antiguas eras de Argos, y comprender las causas que supusieron el fin de la Edad de la Sombra. Y si eso no fuera suficiente, deberán estudiarse los libros perdidos de la biblioteca de Rampustain, los viejos volúmenes de Tais, e incluso romperse los sellos que resguardan los libros anacrónicos de Irrev. Cualquier información obtenida de ellos tendrá que facilitárseme sin pérdida de tiempo, asimismo deberá ponerse de sobre aviso al Alto Consejo de Luján de todas las investigaciones llevadas a cabo.

Sea como fuere, la prudencia debe mover nuestros actos, pues negros ojos acechan en Abisinia, y con la llegada del nuevo rey, mucho me temo que una pérfida y traicionera lengua habite en el mundo de la luz. Confío en vuestra sagacidad para que llevéis acabo todas las pesquisas encomendadas. Las acciones de los grandes señores pueden llegar a ser descubiertas, y el holocausto precipitarse sobre nosotros. Tendrán que ser los pequeños peones los que lleven acabo la primera estrategia de resistencia.

Os ruego que no me defraudéis.

Firmado,

Izelgood –Dhol mann del Clan arcano del Septh-

Nana tuvo que releer la carta hasta cinco veces, y aun así su contenido le resultó indescifrable. Posiblemente su hermano hubiera podido comprender algo más, pero para ella todos aquellos datos resultaban un auténtico galimatías. Pero la rabia que sentía hizo que pronto olvidara el verdadero sentido de la carta, y se perdiera en divagaciones, que quizás, en un cómputo más general resultaran intrascendentes, pero que a ella le resultaban desgarradoras. En aquellas líneas no había ni la más mínima muestra de afecto, de arrepentimiento, o ni tan siquiera cariño. Eran unos cuantos párrafos redactados apresuradamente y que lastimaban por la frialdad que transmitían. ¿Después de casi diez años sin recibir una sola misiva desde ese país al que su padre llamaba Abisinia era justo que una carta como aquella enquistase sus sentimientos?

Apretando los dientes como una gata malherida, arrugó la carta y la arrojó muy lejos. Ni tan siquiera se planteó la posibilidad de entregarla a los criados del templo de Lekestar, ni disponerla ante el magistrado de la ciudad. Aquella carta era una ofensa contra su dignidad, una burla más de su despiadado padre. ¡Que se fueran al diablo él y todos sus enigmas enrevesados! ¡Si por ella dependiera, aquel país llamado Abisinia podía arder hasta convertirse en un túmulo de cenizas! Estremeciéndose sobre la cama, Nana Ponjusto rompió a llorar una vez más, y sus lamentos se perdieron en la soledad de la vieja casa que su padre les había legado antes de marchar al otro lado del mundo.

Capítulo I

Cabo de Tierra Partida

El Halcón de la Noche y *La Bienaventurada* se mecían sobre las taimadas aguas del Cabo de Tierra Partida, circunscribiendo la frontera con Vora-Mar. Algo más al oeste, *El Tridente de Ontur* permanecía atento a las evoluciones de las otras dos naves, con toda la tripulación apostada en el puente y dispuesta para maniobrar en caso de que su intervención fuera necesaria. Pero obviamente, la simple visión de las dos carracas de guerra gadgarianas bastaban para bajar los ánimos de los esclavistas que se agolpaban en el destartalado junco *junoro*, cuyas tres velas de estera, dotadas con la inusual forma de la aleta de un enorme cetáceo, se mecían perezosamente hacia barlovento. La sensación de peligro siempre era acuciante cuando el pendón verde-amarillo de Huma Norte, acompañado por la efigie del kraken, símbolo de la Casa del Canciller Krenshel, se alzaba sobre las cabezas de los despistados navegantes; y si era el mayor de *El Halcón de la Noche* el que izaba la enseña, el respeto debía de ser aun más acuciante.

Las naos de la Casa de Krenshel, tras siglos de confrontaciones con los corsarios de Huma Sur, habían alcanzado la supremacía sobre la marca que delimitaba las aguas que comprendían desde la Bahía de los Náufragos, donde los catamaranes del Motmonn Geshur proclamaban su potestad, hasta la Cala de Valadâr, donde el comercio entre el gran archipiélago de las Islas Negras y el país de Ashkron imposibilitaban la hegemonía de cualquier nación. Aun así eran muchas las millas de predominio naval las que poseía el Canciller Krenshel, sesgando a su vez las principales líneas comerciales que atravesaban el Océano Virgen. Cualquier navegante que osara adentrarse en aquellos territorios debía encomendarse a la suerte para que la providencia lo mantuviera alejado de los peligrosos navíos de guerra gadgarianos.

Shen Guy Penn, capitán de *La Perla de Shiva*, contemplaba temeroso al ejército de alabarderos, que apostados por toda la popa de *La Bienaventurada*, apuntaban con sus armas directamente a sus hombres. Los soldados de la Casa de Krenshel eran viejos lobos de mar cuya vinculación al Virgen databa de épocas inmemoriales. Investidos con sus ampulosos sombreros emplumados, hacían gala de uniformes refinados compuestos por amplias casacas verdemar u holgados chalecos azules (donde el bordado del kraken predominaba sobre el resto de los encajes y adornos), ostentosos fajines, amplias bandoleras, y calzones elaborados con los más valiosos tejidos. La tradición mandaba que los alabarderos de Huma Norte fueran hombres escrupulosamente vestidos, pues tal como se ordenaba desde el Alcázar del Canciller, un hombre hundido en la mar siempre debía vestir las mejores galas.

Aun así, aquellos que caían en las garras de los alabarderos tenían bien presente que pese a sus pomposos uniformes, aquellos soldados eran despiadados piratas que no dudaban en saquear las bodegas de los barcos requisados en busca de la más mínima riqueza que pudiera financiar las costosas campañas militares que frecuentemente enfrentaban a la Casa de Krenshel con su homónima del sur: la Casa de Esción. Un vetusto barco de esclavistas, con las bodegas atestadas de abigarrados nativos expatriados de las selvas vírgenes de Zánjila, era un bocado demasiado succulento para *El Halcón de la Noche*. Por tal causa, Shen Guy Penn, hombre de mar habituado a confrontar los continuos avatares que frecuentaban las aguas del Virgen, comprendió que su suerte estaba echada cuando la insignia del kraken cayó sobre su modesto junco.

La Bienaventurada había abordado su marcha desde el sur; *El Halcón de la Noche*, en cambio, había emergido desde el norte como un inesperado cuervo carroñero,

truncando un posible giro hacia barlovento. Al oeste, *El Tridente de Ontur* aguardaba pacientemente con todas las velas desplegadas, ansioso por que la pequeña *Perla de Shiva* realizara una maniobra demasiado sospechosa para lanzarse al abordaje y desplegar a todos sus hombres sobre la destartalada cubierta. Ante semejante acoso, Shen Guy se sabía perdido, y lo único que deseaba era no deponer el barco ante el acoso de tan terribles contrincantes. Fue *El Halcón de la Noche*, nave insignia de la armada gadgariana, la que se ocupó del abordaje. En menos que canta un gallo, los ganchos y las jarcias cayeron sobre la baranda de estribor, y más de un centenar de alabarderos abordaron el junco. A babor, la segunda carraca con la insignia del kraken permanecía en paralelo, dispuesta a asaltar el barco enemigo al más mínimo indicio de peligro.

La tripulación del capitán Shen fue arrastrada hasta la cubierta, congregándose junto al codaste de popa, y allí aguardaron la llegada del patrón de *El Halcón de la Noche*. En ese tiempo Shen tuvo que ver como los almacenes de su nave eran desvalijados, y la carga (compuesta mayormente por fornidos nativos a los que se les había capturado tras peligrosas expediciones por los inhóspitos territorios de la Selva Virgen) pasaba a formar parte de las bodegas de la nave insignia gadgariana. La peor parte llegó cuando su segundo, desavinendo las órdenes impartidas por Shen, realizó un conato de rebelión, y los alabarderos no dudaron en empuñar sus picas contra los sublevados. Antes de que Shen pudiera sofocar la revuelta, diez de sus más fieles hombres acabaron ensartados, y sus cuerpos cayeron al Virgen, manchando de rojo las aguas fronterizas y atrayendo a enjambres de tiburones que rápidamente dieron buena cuenta de los que aun vivían.

Shen apretó los dientes contrariado cuando los gritos de sus hombres, sofocados por las burlas de los de Huma, llenaron la cubierta de *La Perla de Shiva*. Sin embargo el más escrupuloso silencio se hizo a su alrededor cuando una figura alta y espigada salvó la rampa que separaba a los dos navíos, e hizo acto de presencia en el junco. Grehogor Pool, comodoro de los ejércitos del Canciller Krenshel, era un individuo flacucho, de cabellera morena y grasienta, de amplio mostacho acabado en punta, y patillas despeinadas. Tenía un ojo estrábico, aun así poseía la mirada de un lince. Quizás no fuera un hombre especialmente corpulento, pero su manejo del sable le había supuesto el sobrenombre del Carnicero de Rimbau, localidad de la que procedía.

Se decía que el comodoro Pool era la mano derecha del propio Canciller Krenshel en alta mar, por lo tanto, era considerado como amo y señor de aquella parte del océano. La mera mención de su nombre bastaba para infundir el miedo en los patronos de los barcos mercantes. Tan sólo pisaba tierra cuando era requerido por el propio Canciller, permaneciendo el resto del año en alta mar, rodeado por su ejército de alabarderos que crecía a golpe de barcaza capturada o esclavo sometido. Nadie sabía cuál era su pasado, salvo que había nacido en Rimbau. Algunos aseguraban que había sido un pirata cuyo barco había sido requisado por el propio Canciller, otros replicaban que antaño fue un poderoso guerrero, que hastiado de hacer la guerra en las estepas de Gadgan, había ampliado horizontes hacia el mar. En un caso o en otro, lo cierto era que Grehogor Pool había logrado crearse una temible reputación en alta mar, llegando incluso su nombre a ser pronunciado con temor en los salones de Kurz, Gorgblenda y SÁNGRIA, principales villas de la Isla de las Focas, sede del trono de los motmonnes. Aquella tarde, mientras las aguas del Virgen se teñían de rojo, y los tiburones se disputaban los restos de los sublevados, el Carnicero de Rimbau hizo acto de presencia en la cubierta de su presa, y repasó las adquisiciones con una lasciva sonrisa en sus labios.

Los nativos de Zánjila eran buenos trabajadores y mejores esclavos. Lo cierto era que ninguno de ellos podría incluirse entre la tripulación de sus barcos, pues eran

demasiado orgullosos para prestar sus poderosos brazos a cambio de nada, pero el Canciller Meriador Krenshel sabría darles alguna utilidad en el frente. Probablemente la mayoría de ellos acabarían siendo carne de cañón en las Estepas del Cauce Grande, o quizás encabezarían algún pelotón de carga contra Puente Alto o la ciudad de Érador; fuera como fuese, la Casa de Krenshel recompensaría aquel nuevo cargamento de esclavos y las arcas del comodoro Pool se llenarían un poco más con el oro de Huma Norte.

Dredd Sullivan, segundo de a bordo de *El Halcón de la Noche*, acudió presto junto a su capitán en cuanto éste hizo acto de presencia en la cubierta de *La Perla de Shiva*.

—¿Cuántos?

—Cincuenta y ocho esclavos en total —respondió el segundo, un hombrecillo fortachón, de movimientos nerviosos y de prominente calva en la cabeza.

El comodoro, sin dejar de avanzar hacia la tripulación del barco rendido, afirmó con un cabeceo.

—¿Nada más de valor?

Sullivan negó con la cabeza.

—Tan sólo llevaban algo de comida para dos o tres cuentas de viaje.

—Que dispongan los víveres para *La Bienaventurada*. Nosotros mismos nos encargaremos de llevar a los esclavos ante el Canciller.

El segundo afirmó con un cabeceo, y corrió de regreso a *El Halcón de la Noche*, dispuesto a cumplir las órdenes de su capitán. Entretanto, Grehogor Pool se mantuvo firme ante los indefensos tripulantes de *La Perla de Shiva*, inspeccionándolos con atención. La mayoría eran desharrapados *junoros* de Fístoles, o de la frontera occidental de Ashkron. También había sangre mestiza y algún que otro *guyamma*. Su capitán era un individuo de piel amarilla y de rasgos afinados. Una larga coleta trenzada caía por su espalda y sus ojos oblicuos se mostraban irreverentes y desafiantes, algo que solía suceder con la mayoría de los piratas. El comodoro Pool frunció el ceño ante el molesto olor a pescado podrido que desprendía aquella nave y todos sus ocupantes.

—No nos podéis requisar el abastecimiento y dejarnos en alta mar —aseguró el capitán Shen reuniendo todo el valor del que disponía y haciendo frente a los siniestros ojillos del comodoro que se distinguían claramente bajo unas espesas cejas.

—Cierto —murmuró el gadgariano. De pronto su enguantada mano se posó sobre la baranda de popa, e inclinándose sobre el casco, vislumbró las rojas aguas del océano. Los tiburones se retorcían entre las olas, extasiados por el olor a sangre y por la carroña que flotaba en la superficie. Una sonrisa se dibujó bajo los bigotes del comodoro—. Ahí abajo hay unos cuantos peces que pescar. Seguro que con uno de esos bastaría para alimentar a toda vuestra tripulación durante unas cuantas noches. ¿Por qué no bajáis y agarráis uno ahora mismo?

Los alabarderos estallaron en carcajadas al escuchar las palabras de su Señor, en cambio el rostro de Shen ardió presa de la indignación.

—Las leyes de alta mar impiden dejar a merced de las aguas a la tripulación de un barco depuesto —inquirió el *junoro* a la desesperada.

Una vez más Grehogor Pool afirmó con la cabeza, se volvió hacia el grueso de la tripulación de *La Perla de Shiva* y habló con severidad.

—Señores, el capitán de su decrepito barco en estos momentos es incapaz de asegurarles un feliz retorno a casa. Estamos a más de quinientas leguas marinas de cualquier puerto. Posiblemente en los días venideros morirán de inanición, por falta de agua, o quizás acaben comiéndose unos a otros —Mientras hablaba, el comodoro caminaba alrededor de los presos, ostentando su regio porte militar. La mayoría de los

esclavistas lo observaban con la cabeza gacha, temerosos de cual pudiera ser su destino—. Yo, amigos míos, os ofrezco una salida más ventajosa. Únanse a mi armada, no como esclavos ni remeros, sino como trabajadores de pleno derecho. Quizás algunos sean destinados a los Astilleros de Huma, o al Puerto de Ontur, pero desde luego les aguarda un fin más digno que el que puedan encontrar en este barco. Si aceptan mi propuesta, serán relevados de sus cargos y dispersos entre las tripulaciones de la armada de la Casa del Canciller Krenshel. Los que no acepten... —Grehogor volvió a mirar por la borda y esbozó una sonrisa ante el macabro espectáculo que llegaba a atisbarse... ya saben lo que les aguarda.

Hubo unos momentos de tenso silencio. Shen, horrorizado, se volvió hacia sus hombres, y la indecisión que encontró en sus ojos le hizo suponer que sus días como capitán de *La Perla de Shiva* estaban contados. Lentamente la tripulación depuso su actitud hostil, y aceptaron el ofrecimiento planteado por el de Gadgan. Al ver la docilidad en los prisioneros *junoros*, los alabarderos bajaron sus picas y condujeron a los esclavistas hasta las celdas de *El Halcón de la Noche*, donde serían recluidos hasta que sus superiores decidieran los nuevos destinos encomendados para todos ellos. Una vez despojado al Capitán Shen de su tripulación, Grehogor Pool se alzó sobre el ya no tan orgulloso *junoro* exhibiendo una sonrisa inquietante.

—Bien, ahora que hemos llegado a un acuerdo respecto a su tripulación, hablemos de su barco.

—¿M-mi barco? —balbuceó el esclavista atemorizado.

—Esta extraña nao no me ofrece ningún tipo de confianza, sin embargo me sería de gran utilidad después de hacerla pasar por los astilleros de Huma y remodelar algunos detalles. Le ofrezco un trato, capitán —Shen, pálido como un muerto, fue incapaz de responder. De pronto tenía el estómago revuelto y sus piernas eran presa de fuertes calambres—. Yo me quedo con su barco y a cambio le aproximo un poco más a esos apetitoso pececillos de los que hablamos antes. De esa manera podría ir ya saciando el hambre, pues le auguro una larga travesía a nado hasta la costa de Argos.

Shen Guy Penn desvió la mirada hacia la popa y gimió horrorizado ante la imagen de los tiburones. Los gadgarianos estallaron en carcajadas, y antes de que la presa pudiera reaccionar, cuatro alabarderos fornidos lo amarraron por las piernas y los brazos, alzándolo en vilo, y arrastrándolo por la cubierta. Las súplicas encarnizadas del capitán Shen se escucharon en todo el junco, pero no encontró clemencia en el espigado individuo que ahora ostentaba la capitanía de su barco. Grehogor Pool sonreía junto a sus hombres, llevándose las manos al cinto y observando el aciago destino que aguardaba al prisionero varios metros más abajo.

Los alabarderos levantaron al *junoro* por encima de la borda, y tras mecerlo hasta tres veces, lo lanzaron a las aguas del Virgen. Shen gritó horrorizado, pero sus aullidos fueron acallados cuando las encrespadas olas del océano anegaron sus pulmones. Lo siguiente que llegó a vislumbrar fue una turba de cuerpos alargados y sinuosos que danzaban a su alrededor como auténticos demonios. Los últimos sonidos que surgieron de su garganta fueron alaridos de dolor cuando los aserrados dientes de los tiburones comenzaron a arrancarle la carne de los huesos y a desgarrar lentamente su cuerpo.

El Carnicero de Rimbau permaneció un tiempo en la popa de *La Perla de Shiva*, deleitándose con las vistas que alcanzaban a divisarse desde aquella posición ventajosa. A su alrededor los alabarderos gritaban extasiados mientras los tiburones deleitaban sus paladares con las carnes del que había sido amo y señor de aquel extraño navío.

—Carrott —llamó de repente el comodoro Pool.

Uno de los soldados, que por las galas de su casaca debía ostentar un alto cargo, acudió presuroso al reclamo de su superior.

—¿Señor?

—Reune a diez hombres de confianza, carga unos cuantos víveres, y ocúpate que esta escoria llegue al embarcadero de Ontur. Que Julius haga con ella lo que desee, pero que te pague un buen precio.

Carrott afirmó con un cabeceo y después comenzó a distribuir a la tropa tal como le había indicado su patrón; mientras tanto, el comodoro Grehogor, cumplidas sus funciones en *La Perla de Shiva*, atravesó la rampa que daba acceso a *El Halcón de la Noche*. Una intensa sensación de bienestar se apoderó de él en cuanto puso un pie en su barco. Allí, al contrario que sucedía en el junco *junoro*, todo era pulcritud y limpieza. Los hombres ocupaban sus puestos ordenadamente, y tras largos años de servicio, lo hacían con plena eficiencia. Sus órdenes se habían cumplido a rajatabla y con rapidez. Los nativos de Zánjila ya se encontraban encerrados en los almacenes estancos de la nave, los esclavistas en las celdas, a la espera de que los gadgarianos tomaran una decisión respecto a su futuro, el abastecimiento hacía ya un buen rato que se había entregado a *La Bienaventurada*, que ahora navegaba lejos de *La Perla de Shiva* escoltando con su hermoso porte al magnífico *Halcón de la Noche*. Grehogor Pool no tuvo que aguardar mucho hasta que Carrott terminó de instruir a la nueva dotación para el junco, e iniciara la marcha hacia el oeste. Para el comodoro era agradable contemplar la destreza y la seguridad con que sus hombres abordaban las tareas más arduas. Él mismo se había encargado de adiestrarlos lejos de los menesterosos y rigurosos oficios de Huma Norte. La armada de la Casa de Krenshel era la más diligente que jamás había surcado las aguas del Virgen.

Pronto las velas del junco se perdieron a babor y *El Tridente de Ontur*, salvadas las contingencias, desplegó todo el trapo, y aprovechando el viento del norte, dirigió su marcha hacia el Cabo de Tierra Partida. *La Bienaventurada* se mantuvo a la zaga de *El Halcón de la Noche*, a la espera de que su capitán diera nuevas órdenes.

Grehogor alzó la mirada hacia el cielo y lo encontró despejado de nubes. El verano estaba siendo crudo, el calor asfixiaba a los hombres, y los ánimos comenzaban a flojear. Habían pasado más de diez cuentas en alta mar sin pisar amarradero ni dársena; ya iba siendo hora de dar a sus hombres un pequeño respiro y poner rumbo hacia Gadgan. El cuaderno de bitácora de *El Halcón de la Noche* estaba rubricado con triunfos y gestas; era el momento propicio para que el Canciller Krenshel comenzara a pagar sus deudas con el oro de sus abultadas arcas y que sus tripulantes disfrutaran unas cuantas noches ahogando sus penas en cerveza y metiendo la polla en los coños de las rameras.

—¡Timón todo a babor! —exclamó de repente—. ¡Volvemos a casa!

Los hombres aplaudieron su decisión con gritos y vítores. Pronto el ánimo volvió a desbordar la cubierta de *El Halcón de la Noche*, que inevitablemente se contagió en su inseparable compañera *La Bienaventurada*.

Mientras las imponentes carracas de guerra gadgariana viraban lentamente, la mirada de Grehogor Pool recayó por última vez en las rojas aguas del océano. Los tiburones seguían alimentándose con los despojos de *La Perla de Shiva*, y el orgulloso capitán *junoro* se había convertido en un amasijo de carne desdibujada que era zarandeado y mordisqueado por los insaciables escualos. Desentendiéndose de aquellas vistas, el comodoro abordó su barco y se dirigió hacia la proa, rumbo a sus dependencias; pero aún no había franqueado la escotilla, cuando Dredd Sullivan le salió al paso. El hombrecillo se mostraba nervioso, como siempre; sin embargo sus ojillos desbordaban impaciencia.

—¿Qué sucede, señor Sullivan? —se le adelantó el comodoro.

—Acaba de llegar un kátaro mensajero desde el Alcázar del Canciller —indicó el segundo.

Pool torció el gesto. No había discernido la llegada de ningún kátaro en las últimas horas, pero lo cierto era que había estado demasiado entretenido con el abordaje del barco *junoro* para prestar atención a los cielos.

—¿Qué nuevas trae?

—Será mejor que las vea usted mismo. Creo que le causarán una grata impresión —concluyó el segundo esbozando una maquiavélica sonrisa.

El comodoro Pool, que no era muy dado a los misterios, respondió con un gruñido y descendió hasta su camarote, alejado de la chusma y los alabarderos. Cuando entró en sus aposentos vislumbró al kátaro sobre la mesa, distraído su insaciable curiosidad con una jarra de cerveza. El animal era una mezcla de simio de cintura para arriba y jabalí por debajo del ombligo. Tan sólo poseía dos patas, pero eran velludas y vastas, como las de los puercos, y sus piernas desnudas acababan en duras pezuñas. Dos largas alas de murciélago emergían de su espalda, permitiéndole el vuelo. Los kátaros no llegaban a ser animales irracionales, pues en cierto grado poseían el don de la inteligencia. Su tamaño no superaba el del puño de una mano, lo cual los hacía valiosos como mensajeros. Tan extraña especie había sido descubierta en lo más profundo de la isla de Zánjila, desde entonces su raza era procreada en cautividad en los corrales de Huma Norte, convirtiéndose en imprescindibles peones para la armada del Canciller. A menudo solían viajar arropados únicamente con un zurrón en el que guardaban sus provisiones para las largas travesías en alta mar, y una anilla atada al cuello; de ella pendía un émbolo en el que solían confinarse los mensajes.

La pequeña criatura emitía un extraño trino mientras se aupaba sobre el borde de la jarra y observaba con curiosidad su interior. Hizo varios amagos de tocar el poso, pero en uno de ellos falló su destreza, y dio con sus huesos en el interior. Antes de que pudiera escapar, Pool abocó el recipiente, y convirtió la jarra en una celda de transparentes muros. El kátaro gritó indignado y golpeó las paredes con sus puñitos, pero nada pudo hacer para salir de su encierro, había quedado atrapado. Mientras tanto, el Carnicero de Rimbau no tardó mucho en desdeñar los infructuosos intentos de escapada del kátaro, y centrar su atención en un trozo de pergamino enroscado que aguardaba en uno de los rincones de la mesa. Haciendo gala de su habitual temple, se sentó en su poltrona, y con movimientos calculados desenrolló el pergamino. Sus pupilas castañas se movieron anodinas sobre las líneas que formaban el texto, sin embargo, cuando terminó de leer, sus ojos se abrían de par en par.

El mensaje rezaba así:

El lobo ha mordido el anzuelo. En breve hará escala en Santiyí, quizás en no más de de dos semanas. El gobernador dará su beneplácito para el desembarco de la flota en la isla previo pago de aranceles. Despliegue los hombres y los barcos que crea necesarios, pero ajústele la correa al lobo. En breve tendrá más noticias nuestras.

Firmado: Inteligencia de la Casa de Krenshel.

El comodoro se incorporó sobresaltado de su asiento, y presa de un incipiente temblor, abandonó su camarote, olvidando por completo la nota que había desatado su adrenalina y al kátaro medio asfíxiado, que seguía retorciéndose en el interior de la jarra. Mientras subía las escaleras que llevaban a cubierta, una oleada de fuego arrasó su vientre y dio vigor a sus movimientos. Había aguardado aquellas noticias desde hacía

siglos. ¡¡*El lobo había mordido el anzuelo!*! Una carcajada emanó de su garganta al recordar las frases del mensaje. Eran noticias extraordinarias.

Dredd Sullivan ya le aguardaba en la cubierta cuando el comodoro hizo acto de presencia. El imberbe rostro del segundo esbozaba una amplia sonrisa; una sonrisa que inevitablemente se contagiaba en los labios del Carnicero de Rimbau. Sin duda, aquel anodino día podía llegar a convertirse en una fecha memorable.

—Paciencia señor Sullivan, hay que actuar con cabeza. Oportunidades como éstas se presentan sólo una vez en la vida —indicó el capitán de *El Halcón de la Noche* mientras se frotaba las manos y esbozaba una amplia sonrisa.

El segundo, trotando tras los pasos del espigado comodoro, afirmó con un sinfín de cabeceos, aunque su sonrisa era tan ostentosa como la de su patrón. A pesar de que el momento llamaba a la calma, pues sólo las mentes frías eran capaces de dilucidar excelentes estrategias, los dos oficiales se sentían eufóricos ante la empresa que tenían por delante. ¡Ya habría tiempo más adelante para templar los nervios!

El comodoro Grehogor Pool se aupó sobre una de las rampas de la nao y alzó sus brazos para atraer la atención de todos sus hombres. La simple vista del capitán bastó para que la tripulación olvidara sus quehaceres y centraran las miradas en él. La inmensa mayoría se sintieron turbados de inmediato; pocas veces tenían la oportunidad de ver al capitán de tan buen humor.

La voz de Grehogor Pool sonó con la potencia de mil truenos:

—¡Timón, cambio de rumbo! ¡Vire la caña a estribor! ¡Ponemos rumbo a las Islas Negras, concretamente a Santiyí! —Se escucharon algunos farfulleos insatisfechos ante aquel cambio de planes, pero tal era el talante del capitán, que ignoró incluso aquellos conatos de insurrección—. ¡Señores, ante nosotros se nos presenta la oportunidad de hacernos con un buen bocado de las arcas del Canciller! ¡En menos de dos semanas debemos estar en Santiyí, dispuestos para cumplir la última orden encomendada por la Casa de Krenshel!

—¿Qué orden es esa? —dijo con aspereza uno de los alabarderos que más tiempo llevaba navegando junto al comodoro.

—¡Más respeto, rata de cloaca! —replicó Dredd Sullivan.

—Vamos a capturar al más peligroso de los piratas que jamás haya surcado los mares del Eccélon —continuó Grehogor, ignorando las osadas palabras del descarado alabardero. Se sentía demasiado eufórico para empañar su humor por una simple réplica—. Desplegaremos a toda la armada si es necesario, quemaremos la isla si hace falta, pero cuando regresemos a Huma, tened por seguro que en nuestras bodegas ese hijo puta estará amordazo por más de cien cadenas. ¿Acaso no deseabais encontrar rameras? ¡En Santiyí nos aguarda la puta más puta de todo el Océano Virgen! ¡Vamos a jodernos a la Dama más guarra del baile!

Los tripulantes de *El Halcón de la Noche*, que ya sabían perfectamente a quién hacía referencia su capitán, vacilaron durante unos segundos, presa de la misma estupefacción que en un primer momento había asaltado al propio comodoro Pool. Sin embargo no tardaron mucho en salir de su ensimismamiento y contagiados por las ansias que medraban en los ojos envalentonados del Carnicero de Rimbau, elevaron en alto sus alabardas y gritaron ociosos ante la oportunidad que se les brindaba. De repente toda la frustración provocada por el cambio de planes se convirtió en euforia. Incluso en *La Bienaventurada*, donde también habían llegado los gritos del capitán, se alzaron voces exaltadas.

Grehogor, satisfecho, descendió del atril y se volvió hacia su segundo.

—Señor Sullivan, envíe kátaros a *La Estrella de Genoveva*, al *Esturión de Aguas Bravas*, a *La Brinda* y al *Cosaco de Río Grande*. Que *El Tridente de Ontur*, *La*

Vergamessa, *El Eclipse de Arankadas*, y *El Tiburón Sangriento* también acudan. *La Bienaventurada* vendrá con nosotros. Quiero a todos esos barcos y a su dotación completa en la bahía de Santiyí en menos de dos semanas. ¿Comprendido?

Dredd Sullivan asintió con un gesto.

—¿Y las bodegas de *El Halcón de la Noche*?

—¿Cómo? —balbuceó el comodoro sin llegar a comprender lo que quería decir su segundo.

—Acabamos de hacer una captura. Nuestras bodegas están repletas y el viaje hasta Santiyí será largo. Con tanta carga no sé si llegaremos en el plazo convenido.

Grehogor Pool suspiró hastiado. Había veces que le faltaba paciencia para atender a las estúpidas demandas de sus subordinados.

—¡Pues aligérela, hombre!

—¿Có-cómo dice? —farfulló Sullivan—. ¿Que los tiremos al mar?

—¿Acaso son joyas y oro? —El segundo oficial respondió con una negativa—. ¡Entonces al fondo del mar con ellos! ¡Debemos estar en Santiyí en catorce días! ¿Comprendido?

Sullivan respondió afirmativamente y acto seguido se dispuso a llevar a cabo las órdenes encomendadas; pero antes de que pudiera alejarse, la mano del comodoro cayó sobre su hombro, reteniéndole con un fuerte apretón.

—Sullivan, he esperado más de quince años este momento. No quiero ni una sola equivocación. ¿Queda claro?

El rostro del comodoro estaba más tenso que el palo de un remo, y sus ojos velaban una siniestra amenaza. Dredd Sullivan se estremeció ante aquella máscara de pura crueldad.

—S- sí, mi señor.

—Bien. Vamos a ir a ponerle el bozal al huargo.

Grehogor Pool sonrió confiado, y su segundo correspondió con otra sonrisa, pero ésta más temerosa que confiada; después desapareció en la cubierta dando órdenes a diestro y siniestro.

El Carnicero de Rimbau, satisfecho su ego, se apoyó contra la baranda de estribor y observó como *La Bienaventurada* desplegaba todo el trapo. El viento había cambiado y ahora soplaba hacia el oeste, augurando una buena travesía.

—Quince años, O'Neil... —murmuró mientras posaba la mirada en las indomables aguas del Virgen y observaba como las aletas de los tiburones seguían la estela dejada por *El Halcón de la Noche*—. Quince años de larga espera.

Lanzando una fuerte carcajada, propinó una fuerte palmada a la baranda, y se apartó bruscamente de su apoyadero. Desbordado por la euforia, cruzó el puente de la carraca de guerra, dejando atrás el repentino trasiego de la tripulación, y se encerró en su camarote para disfrutar aquellos momentos de felicidad en completa soledad.